

El pájaro hechicero - Fragmento

4. El encuentro con Karen

Enero de 1992

Partió de Puntarenas en el barco de la mañana. Había habido una larga cola delante de la taquilla, y el número de pasajeros era elevado. Se alegraba de haber escrito a Karen con mucha anticipación y de haberle pedido una habitación. No había recibido la confirmación, pero tampoco se usaban confirmaciones en Costa Rica, se había ido dando cuenta. Después de una gira de unas tres semanas tenía ganas de una semana tranquila a orillas del mar.

Un turista alemán en bicicleta se le acercó a hablar. También iba a Montezuma y no era la primera vez. Sabía donde vivía Karen y prometió mostrarle la casa. Quería ir a la cubierta de arriba, pero no le hacía gracia separarse de su bicicleta. Ella por su parte tampoco osaba desprenderse de su grande y pesada mochila, así que se ofreció a vigilar la bicicleta mientras se preguntaba cómo se las podría alguien ingeniar para robar una bicicleta a bordo del barco, pero por supuesto, se podría desmontar, a lo mejor no era del todo imposible.

Tardó un rato en desembarcar en Paquera y cuando llegó al autobús para Montezuma estaba ya bien lleno. Le resultaba difícil levantar la mochila para meterla por la estrecha puerta trasera, pero un par de mozos de Canadá intervinieron cortésmente ayudándola y la consiguieron meter y poner en una montaña de mochilas en la parte de atrás del autobús. Medio enterrada entre las mochilas también estaba la bicicleta del alemán. Aunque todos los asientos estaban ocupados, logró de todos modos conseguir medio asiento en uno de los bancos traseros, en el que pudo encajarse gracias a su delgadez. Todavía estaba muy delgada desde la operación, aunque habían pasado nueve años. Los pasajeros iban apretujados en el pasillo del medio, el equipaje ocupaba todos los recovecos entre los pasajeros, y la rejilla de equipajes estaba llena hasta el techo, pero se hizo sitio para todos.

El autobús avanzaba con dificultad a paso de tortuga y hacía ruidos raros de vez en cuando, debido a la carga a la que era expuesto. Era de comprender que el autobús se averiara, pero fue incomprensible que no ocurriera antes de haber llegado a Montezuma. En el camino hizo paradas. Bastantes pasajeros se bajaban, pero otros subían, y entonces el alemán no pudo más. Arrastró y tiró de su bicicleta para arrebatarla de entre las mochilas. Prefería hacer en bicicleta el último trozo del trayecto. Al llegar el autobús a Montezuma, él ya estaba allí, esperando. Como había prometido, le indicó dónde estaba la casa de Karen. Estaba cerca de la parada, en el último trocito del camino de grava que bajaba a las casas ubicadas a lo largo del mar. La casa de Karen era blanca, de madera, apartada un par de metros del camino. “Cabinas Karen”, ponía en una señal junto al camino. Era una casa modesta de una planta situada a la sombra de un gran restaurante, pero la casita blanca tenía su propio encanto y fineza que la sacaban de la sombra recordando un tiempo pacífico desaparecido, de antes de que el turismo acaparara el lugar como un aluvión. La puerta de entrada estaba en el medio de la casa. A la derecha de la puerta sobresalía un cuarto que encuadraba una terracita al frente de la puerta de entrada. Ahí había una mesa de madera con una

sólida silla y un banco que invitaban a los transeúntes a hacer una pausa o a charlar un poco.

Los dos jóvenes canadienses se habían sentado en el banco. Ella fue hacia la puerta para llamar, pero la pararon.

“No hay nadie en casa”, dijeron, “queríamos preguntar si había una habitación libre, pero nadie abre la puerta.”

“¿No?” Frunció el ceño un poco sorprendida. “Bueno, pero Karen vendrá enseguida, yo he reservado una habitación, así que sabe que vengo”, dijo sentándose para esperar.

Los dos hermanos deliberaron y se levantaron para marcharse. “¿Te gustaría ir con nosotros al restaurante de al lado para tomar un refresco?” preguntaron, “desde allí podemos vigilar a Karen.”

Parecía una buena idea. No había comido ni bebido nada ese día. Era problemático para ella viajar durante tantas horas sin tener acceso a un baño en condiciones, así que no ingería muchos alimentos hasta llegar al lugar de destino y ahora ya casi estaba allí.

Había multitud de turistas por todos lados. Muchos llamaban en balde a la puerta de Karen, que se hacía esperar, y los dos canadienses deliberaron otra vez.”

“Vamos a intentar encontrar una habitación en otro lugar. Puedes venir con nosotros y dejar tu mochila allí para así poder moverte más libremente.”

Aceptó la oferta agradecida. Era el inconveniente de viajar sola, que no podía apartar la vista de su equipaje ni un segundo, y se fue con los dos cargando las mochilas. Al final del camino los hermanos torcieron a la izquierda y un instante después estaban hablando con el propietario de una casa particular que alquilaba habitaciones. Habitaciones libres no había, pero les dejó estacionar las pesadas mochilas allí hasta que hubieran encontrado una habitación. Qué alivio. Dio las gracias al propietario y a los dos hermanos y empezó a caminar de vuelta. Quería continuar por el camino a la derecha, desde donde había acceso directo al mar y a la playa, pero decidió volver primero a la casa de Karen para ver si ésta había vuelto.

Una muchacha abrió la puerta, pero desgraciadamente Karen no estaba en casa. La muchacha acababa de llegar y no sabía ni dónde estaba Karen ni cuando volvería.

“Hace mucho que escribí a Karen para reservar una habitación para hoy”, explicó, pero desgraciadamente a la muchacha no le había dicho nada y por lo tanto no la podía ayudar por mucho que quisiera.

La situación empezó a preocuparle. ¿Qué debería hacer? ¿Escribir un mensaje a Karen diciéndole que había venido y se había ido a dar un paseo para matar el tiempo mientras esperaba? No quería correr el riesgo de que Karen alquilase la habitación a otra persona pensando que ella al final no había venido. Buscó lápiz y papel en su equipaje de mano y se sentó a la mesa para escribir. La muchacha prometió darle la hoja a Karen y un poco más tranquila se fue en dirección a la playa.

Torció a la derecha al final del camino y se quedó un momento contemplando la bahía y la ancha y soleada playa tropical. “Qué precioso es esto”, musitó embelesada y salió de la sombra para meterse en la ardiente playa de arena. Paseó sus ojos por la orilla. Necesitaba un chapuzón, pero ahora estaba sola y a primera vista no podía dar con el lugar ideal donde poder dejar sus cosas tranquilamente mientras se iba al agua. “Quizás por el otro lado de la bahía”, pensó y se disponía a

caminar cuando se detuvo y se dio una palmada en la frente. “¿Pero en qué estás pensando?” Una ola de miedo la invadió. “Imagínate, dejar el equipaje en las manos de dos hermanos desconocidos, puede que ya no tengas equipaje”, pensó febril.

Se dio la vuelta apresurándose. Con una discapacidad como la suya, estaría completamente desamparada sin las provisiones de compresas y los productos especiales para proteger la piel que llevaba consigo. Tampoco podía permitirse perder demasiada ropa con el apretado presupuesto con el que había emprendido el viaje. Vamos, que era verdaderamente irresponsable lo que había hecho. Escrutó nerviosa el oscuro pasillo a través de la puerta abierta al irse acercando, pero ya desde lejos pudo respirar tranquila. La mochila estaba allí, intacta.

Decidió ir a la casa de Karen a preguntar a la muchacha si podía dejar allí la mochila. La joven había parecido muy amable y complaciente.

“Sí, pero solamente hoy”, precisó la muchacha sacudiendo el dedo índice delante de su nariz.

“Muchas gracias”, sonrió agradecida, “la voy a buscar, está aquí cerca” añadió apuntando hacia la travesía a lo largo de la orilla. Cuando volvió, la hizo pasar a un pasillo largo y estrecho, que atravesaba toda la casa por el medio. A la derecha había un cuarto para almacenar cosas cerrado con un candado. Allí le permitió dejar su mochila.

Salía por la puerta cuando alguien le gritó con furia. La voz, que sin duda era en inglés, venía de una mujer bastante joven y de constitución fuerte, que salió precipadamente con botas y uniforme de senderista. “Mejor que empieces a buscar otro sitio cuanto antes, ¡aquí no te puedes quedar!”

Se quedó mirando estupefacta a este ambulante volcán en erupción.

“Buenos días”, dijo exhibiendo sus mejores modales, “vengo de Dinamarca y he res.....”

“Ya, si, sí, aquí vienen muchísimos daneses”, interrumpió el volcán encolerizado, “todos vienen con el mismo cuento, ya lo conocemos, y además, ¡todo está ocupado!”

“.....y de hecho escribí hace mucho tiempo reservando una habitación”, continuó aparentemente impasible.

“Ya, ya, la gente escribe y hace reservas, y al final no viene; ¡ese no es nuestro problema!”

La ira se apoderaba de ella. Cualquiera que fuese su problema, no se podía tratar a la gente de ese modo. Aspiró profundamente.

“He hecho este viaje desde Dinamarca para venir a saludar a Karen”, dijo con voz aterciopelada, “y la voy a saludar haya o no haya una habitación para mí.”

Miró fijamente al obstinado volcán mientras se acomodaba en el banco para dejar claro que hablaba en serio.

Resoplando, el volcán giró sobre sus tacones y entró en la casa dando pisotones.

No se sentía bien con lo sucedido; algo había salido mal, y ¿qué posibilidades tenía ahora de conseguir una habitación libre? Poco tiempo pasó cavilando en el banco antes de que apareciera un joven inglés, que venía de detrás de la casa. Llevaba puestos unos viejos pantalones cortos y una camiseta, y su pelo rubio estaba recogido en una cola de caballo. Se dirigió a ella tranquilo y amable pero con el mismo mensaje que su compatriota antes. Todo estaba ocupado en casa de Karen.

Todavía estaba muy enfadada por lo increíblemente mal que consideraba que había sido tratada, pero este joven inglés llamado Steven por lo menos no había sido agresivo.

“Conoces la zona mejor que yo, ¿adónde irías tú si tuvieras que irte?”

El muchacho negó con la cabeza y no pudo sugerir nada en un primer momento, pero entonces apuntó en el camino al pequeño puesto en la esquina de la izquierda.

“Intenta en la oficina de turismo, la muchacha allí quizás te pueda ayudar.”

Se levantó y se dirigió al pequeño tenderete.

“Pues qué mala suerte”, protestó el joven jefe de turismo, “había sitio en la cabaña de invitados en la Finca, pero acabo de acompañar a una pareja de Estados Unidos allí. Llegaron ayer al hotel de enfrente, pero no aguantaban el ruido, no habían pegado ojo en toda la noche y necesitaban paz y tranquilidad”. Al joven jefe de turismo le dio un ataque de tos, “es todo el polvo del camino, no lo tolero”, carraspeó.

“¿Cuánto tiempo se queda la pareja de Estados Unidos?”

“Pues unos cinco días, dentro de cinco días vienen otros a la cabaña.”

Al final perdió toda esperanza de poder hospedarse en casa de Karen y pidió ayuda para buscar otro alojamiento.

“Aquí no encontrará nada, ya he empezado a mandar a la gente fuera de la ciudad”, sonó la respuesta inmediata.

“¿Hay que ir muy lejos para encontrar algo?”

“Pues unos cinco kilómetros.”

La situación era absurda. Estaba extenuada, tenía hambre y no tenía fuerzas para caminar cinco kilómetros cargando el equipaje con el calor que hacía.

Tras darle vueltas al asunto el jefe de turismo prometió encontrar a alguien que la pudiera llevar en coche; hasta el policía local, que se acercó en ese momento, participó en la búsqueda.

“Déme un cuarto de hora, tengo que escribir un mensaje a Karen.”

“¿Dónde la puedo encontrar?”

“Estaré fuera de la casa de Karen.”

Se sentó en el banco para escribir otra nota a Karen. Un gato pardo saltó a la mesa y acercó la nariz explorándola con curiosidad. Le rascó la cabeza abstraída pensando qué escribir a Karen. El gato se tumbó encima del bloc y empezó a ronronear y a dar vueltas a gusto. De repente se fue rodando y antes de que pudiera detenerlo, se cayó desde el borde de la mesa. Asustada, se levantó y se inclinó sobre la mesa para ver qué le había pasado, pero al parecer había aterrizado ileso en el suelo.

Al enderezarse vio que se había parado una furgoneta blanca delante de la casa. La puerta a la derecha del conductor se abrió y una mujer ligera con el pelo blanco y vestida de blanco se bajó del vehículo dando un salto con agilidad.

Contuvo la respiración. Era Karen, exactamente como la recordaba del documental. Respetuosa, se quedó de pie esperando, mirando cómo Karen iba y venía corriendo para llevar rollos de alambre y otras muchas compras de la furgoneta a la casa. Al final Karen desapareció dentro de la casa por última vez y la furgoneta blanca se fue. Empezó a guardar sus utensilios para escribir. Se tomó tiempo para que Karen pudiera poner en orden las compras antes de que ella la molestara, pero Karen se adelantó. La puerta se abrió y Karen se dirigió hacia ella con una mirada atenta e interrogadora. Extendió la mano hacia Karen y sonriendo

contenta se presentó: “Hola, me llamo Kirsten”. El rostro de Karen se iluminó en una sonrisa, tomó su mano y dijo riendo: “Hola”. Como por arte de magia, su furia y su desaliento se desaparecieron.

“Saludos de Nepenthes” empezó diciendo para así decirle a Karen que conocía las actividades en Costa Rica del Grupo de la Selva Tropical, y Karen contestó con una sonrisa complaciente.

“Pues sí, el caso es que escribí hace tiempo preguntando si podía reservar una habitación en tu casa, pero ya veo que eso no se estila aquí.”

Karen suspiró levemente y bajó la cabeza lamentándolo. “No, pero ya que vienes de Nepenthes... ¿habías escrito que venías de Nepenthes?” preguntó Karen.

“No, no lo hice puesto que este viaje no tiene nada que ver con Nepenthes.” Miró a Karen con una tímida sonrisa. “De hecho me fui con el propósito de encontrar un sitio hermoso en el que poder despertarse contemplando un precioso salida del sol; hasta te lo escribí en mi carta.”

Karen la miró con sus ojos sabios y redondos, y sólo dijo: “Puedes hospedarte en mi cabaña particular en la Finca, si no te parece mal. Puedes quedarte allí tanto tiempo como quieras.”

“Pues muchas gracias, claro que me gustaría, pero solamente me quedo una semana; tengo un billete de vuelta para el 31 de enero.”

Por aquel entonces no sabía nada de la Finca de Karen, ni dónde estaba ni qué era lo que había aceptado. Se habría conformado hasta con el banco en el que acababa de estar sentada.

“Entra; no voy a tardar mucho y luego nos vamos allí juntas.”

“Gracias, pero primero te tengo que preguntar si hay algún lugar dónde pueda comer algo mientras te espero, no he comido nada en todo el día.”

Karen se mostró un poco escéptica. No era el mejor momento por ser las primeras horas de la tarde, pero cuando Karen se dio cuenta de que ella también debería comer algo, sugirió que podrían intentar encontrar algún sitio juntas.

Karen la llevó a través del pasillo con las habitaciones al lado izquierdo. Después del almacén a la derecha, estaba el baño con un retrete y una ducha, seguido de una cocina abierta, con enrejados entre las mesas de cocina y el alero. A la izquierda de la cocina estaba una terraza cubierta con una mesa de comedor maciza y dos bancos. Era el salón-comedor de Karen, y fue aquí donde la invitaron a sentarse a esperar. Desde ese momento se relajó completamente y se entregó al presente y al ritmo de Karen.

Mientras esperaba a Karen, se hizo una pequeña idea de la vida en la casa. La casita de madera de apariencia tranquila se convirtió de repente en un hormiguero, la gente entraba y salía continuamente, no sólo los turistas sino también los habitantes de la zona iban y venían. Uno vino para discutir controversias de vecinos sobre la ubicación de un cable eléctrico, Karen tuvo que implicarse en las peleas personales de dos muchachas sobre una habitación en su casa, las fuerzas del orden público del pueblo querían el apoyo de Karen para implantar un horario de cierre fijo con el fin de poner término al ruido nocturno proveniente de los bares y los restaurantes, un joven turista de Estados Unidos había oído que Karen conocía a un pariente lejano que había vivido en la zona, otros turistas venían para preguntar si habría habitación; para la mayoría no había, uno tuvo suerte y la promesa de tener la siguiente habitación

que quedara libre. Karen podía escoger y deshechar como le viniera en gana, y lo hacía con firmeza tras muchos años de experiencia.

“A las muchachas que viajan solas rara vez les alquilo una habitación porque entonces tengo aquí un correteo de muchachos”, explicaba Karen, “prefiero matrimonios.”

En aquel momento los dos hermanos canadienses llamaron a la puerta preguntando por la danesa. Con un ademán impaciente fueron guiados a través de la casa a la terraza de atrás. Con la exquisita galantería que caracterizaba a los dos hermanos, presentaron su diligencia. Se habían percatado de que su mochila no estaba y querían asegurarse de que la tenía, y también querían preguntar si le apetecía ir al bar con ellos a tomar una copa. Agradeció su atención, pero sentarse en un bar a tomar una copa o dos no era exactamente lo que más le apetecía, y los dos hermanos hicieron una pequeña reverencia y se retiraron. Se quedó sentada preguntándose qué interés podían tener en sentarse en un bar con una persona que casi podía ser su madre. A lo mejor engañaba un poco si se la miraba superficialmente. Su media melena era todavía muy rubia y la considerable pérdida de peso seguramente hacía que pareciera más joven de lo que era, sin estar demacrada.

“Pues podemos irnos”. Karen estaba lista, más o menos. En el césped, una manguera llamó la atención de Karen. “Es extraño lo de esta manguera; no quiere salir agua de ella, tiene que haber algo atascado dentro. ¿Sabes cómo sacarlo?”

“Pues no, de primeras no, quizás se podría intentar dar la vuelta a la manguera y ver si se podía sacar por el otro extremo.”

Hubo que intentarlo, pero tampoco sirvió. “Voy a tener que comprar una nueva.” Karen enrolló la manguera y la llevó atrás. “Más vale que nos vayamos.”

Se fueron charlando fervorosamente, ocupadas en conocerse la una a la otra y hablar sobre asuntos de mayor o menor importancia en la vida. Torcieron a la derecha al final de la calle y continuaron a lo largo de la playa. Poco después casi no se daba cuenta de los alrededores. Era tan fácil hablar con Karen.

“Fíjate, ya conoces Costa Rica mejor que yo, tanto como has viajado. ¿No te da miedo viajar sola?”

“Pues, en realidad no, pero es fatigoso, hay que estar siempre alerta, y si yo no lo hubiera estado, no estaría aquí ahora; por de pronto he salido airosa de tres robos.”

“Pues vaya, ¿dónde pasó?”

“La primera vez fue en San José. Te cuento. Estaba dando una vuelta por el centro. Había una multitud de gente. Escuché un silbido agudo a mis espaldas, y justo después vi a un hombrecito macizo saliendo de un portal delante de mí mientras observaba algo detrás de mí. Después de caminar un poco, me fijé en un “fideo” encorvado y desaliñado que caminaba a mi lado marcando exactamente mi paso con aire indiferente. Entonces empezó a sonarme la campana de alarma e instintivamente me di la vuelta y estuve un instante cara a cara con el hombrecito.....”